



12 de junio

**DÍA MUNDIAL
CONTRA
EL TRABAJO
INFANTIL**

**Niños que realizan trabajo doméstico
casi en condiciones de esclavitud**

En el Día mundial contra el trabajo infantil que se celebra este año se hará hincapié en el trabajo infantil peligroso y el trabajo seguro para los jóvenes cuya edad les permite trabajar legalmente. Casi la mitad de los 152 millones de víctimas de trabajo infantil, a saber, 73 millones, realizan un trabajo arduo y peligroso. Los Objetivos de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas, en particular su Meta 8.7, no se alcanzarán a menos que se desplieguen mayores esfuerzos para luchar contra la esclavitud moderna y el trabajo infantil. Jean-Luc Martinage proporciona a continuación información relativa a un proyecto de la OIT en Madagascar.

Madagascar

SYLVIE, 10 AÑOS DE EDAD: “PREFERIRÍA IR A LA ESCUELA”

Salvo por su privilegiada ubicación, no valía la pena volver a dirigir la mirada hacia la fábrica de ladrillos que habíamos visitado. La fábrica se encuentra a las afueras de Antsirabe, junto a la carretera N7, una de las arterias de comunicación que unen el sur de la isla con la capital de Madagascar. Al regresar a Antananarivo divisamos pequeñas figuras que transportaban ladrillos sobre su cabeza. Al acercarnos, constatamos que eran niños. Centramos la atención en una niña de 10 años llamada Sylvie. Trabajaba con su madre y su hermana mayor cinco días a la semana, de 6 de la mañana a 5 de la tarde, transportando cargas promedio de ocho ladrillos. Al pesar un ladrillo comprobamos que pesaba 2,6 kg. Es decir, el cuello de Sylvie soportaba un peso total de más de 20 kg. Su madre afirmó que los niños transportaban 200 ladrillos diarios, al tiempo que los adultos cargaban 500. Se les pagaba 9 ariary (0,0028 USD) por cada ladrillo.

La madre señaló a otros dos hijos pequeños que tenía, mientras permanecían encaramados a una roca bajo el sol en mitad de la fábrica de ladrillos. Afirmó que no estaba satisfecha con la situación, pero la familia es tan pobre que no tenía otra opción. Oficialmente, sus hijos van a la escuela. Pero en realidad, hablamos con ellos en un día laborable en horario escolar. Esperábamos ser expulsados en cualquier momento por un capataz. Pero no vino nadie, como si la situación fuera absolutamente normal para todo el mundo. Charlamos también con otros niños de tan solo 6 años de edad, que realizaban a la vista del público las peores formas de trabajo infantil, expuestos a un elevado nivel de riesgo. Sylvie finalmente confió en nosotros. Señalando su cuello, dijo al intérprete que “llevar todos estos ladrillos a veces duele”. También reconoció algo que lo resume todo: “En realidad, preferiría ir a la escuela”.



■ Nivo

ANTSIRABE, Madagascar – Se llama Nivo. Tiene 16 años. Era muy joven cuando abandonó a su familia, asolada por la pobreza, para ir a trabajar como empleada doméstica en Antsirabe, localidad de aproximadamente 200.000 habitantes situada en Hautes Terres, a 170 km al sur de la capital malgache.

Desde el amanecer hasta el anochecer, Nivo realiza todas las tareas domésticas (lava platos, hace la colada, cocina y limpia) y cuida del ganado. Percibe únicamente 40.000 ariary (12 USD) por mes, aunque solo se queda con 5.000 (1,50 USD), puesto que remite el resto del dinero a su familia, a la que no ve desde su llegada a Antsirabe. Nivo afirma que jamás ha ido a la escuela.

Cuando hablamos con ella sobre su futuro, Nivo se muestra escéptica. “Quién sabe lo que ocurrirá. No tengo ninguna oportunidad porque no sé leer ni escribir”, dice con tristeza. Señala que la tratan bien, aunque para ella sería difícil afirmar lo contrario con sus empleadores escuchando nuestra conversación a tan solo varios metros de distancia.

Con objeto de evitar situaciones como la de Nivo, la OIT puso en marcha en Antsirabe un programa para mejorar la situación de los trabajadores infantiles domésticos y brindarles



Sylvie (a la izquierda)

acceso a programas de formación vocacional. Lalaina Razanapera, Directora de la ONG “Sarobidy” (“preciado”, en malgache), encargada de la implantación del proyecto, ha impartido formación vocacional a 190 niños y ha sensibilizado a 2.000, y ha contribuido a que 2.500 dejen de realizar las peores formas de trabajo infantil.

En el proyecto participan las autoridades locales e inspectores de trabajo. Según un estudio realizado por la Inspección Laboral en 2015 y 2016, en la zona de Antsirabe se registraron 500 casos de trabajo infantil, incluidos 250 casos de trabajo doméstico.

“Ello obedece a muchos factores”, señala Dera Randrianarivony, inspector de trabajo responsable de cuestiones relativas al trabajo infantil, y destaca la pobreza, la mentalidad local y, sobre todo, las costumbres locales. La tradición cultural “el regreso de los huesos” obliga frecuentemente a las familias de la región a celebrar ceremonias cuyo costo no siempre pueden sufragar, de ahí que decidan enviar a sus hijos a trabajar para otras personas. “En ocasiones, ello se convierte en una forma de trabajo en condiciones de servidumbre”, añade.

El único medio con el que parece contar el Sr. Randrianarivony es su buena voluntad, casi sin medios para su llevar a cabo misión. Carece de vehículo y para desplazarse tiene que llamar a la policía, que le exige que abone el costo del combustible. En los casos

específicos de trabajo doméstico tiene que hacer frente a otros obstáculos de índole jurídica. Por ejemplo, no tiene autorización para acceder a hogares particulares por no ser oficial de policía facultado para realizar investigaciones.

Le seguimos mientras se dirige a un *gargote*, una pequeña tienda de comida rápida situada cerca de la estación de tren, tras haber recibido la denuncia de que en ella hay una niña trabajando. A su llegada, la niña huye a la parte posterior de la tienda, llorando de pánico. Se llama Simone. Tiene 12 años de edad. Su historia es, lamentablemente, demasiado habitual en la región. Sus padres viven en el país pero son tan pobres que la enviaron a la ciudad para que trabajara para su cuñada. Simone afirma tajantemente que asiste a la escuela y que solo “ayuda” en la tienda. Pero su relato se ve desmentido por el hecho de que no es capaz de facilitar el nombre de su profesor cuando se le pregunta por él, y porque sus pies están demasiado sucios para una niña en edad escolar.

No hay mucho que el inspector pueda hacer, salvo recordar la legislación vigente a los propietarios de la tienda. Condenar a prisión a sus empleadores o a sus padres probablemente empeoraría la situación de Simone, que podría quedarse sin hogar por no existir ningún centro público que acoga a menores en caso de dificultad.



28

Hortensia ■ ■



La historia de Hortensia, por otro lado, tiene un final más feliz. Hortensia tiene actualmente 17 años de edad, y nos relata el infierno que padeció en una casa a la que la habían enviado para trabajar como empleada doméstica. Durante dos años realizó todas las tareas domésticas. Desde las 5 de la mañana hasta las 10 de la noche limpiaba, cocinaba, iba al mercado y hacía la colada, y siempre era la última en acostarse. Al ponerse enferma no recibió ningún tratamiento médico, y de su exiguo salario mensual de 20.000 ariary (7 USD) se retenía una cuantía por cada error que cometía. Fue rescatada de tal situación por personal del programa de formación profesional, con el apoyo de la OIT. Ello le permitió aprender técnicas fundamentales de ganadería y agricultura, y actualmente arrienda una pequeña parcela de terreno en la que cultiva patatas, zanahorias, ajo, puerros, berzas, maíz y alubias. También cría un lechón

que se le facilitó en el marco del proyecto al final de su fase de formación. Su familia está muy orgullosa de ella.

Lauréat Rasolofoniainarison, Administrador Nacional de Proyectos en la Oficina de la OIT en Antananarivo, afirma que es fundamental conversar con la familia del niño. “Los padres nos dicen a menudo que envían a sus hijos a trabajar, y no a la escuela, debido a su situación de pobreza. No obstante, el mensaje que deseamos transmitirles es que, en realidad, son pobres por enviar a sus hijos a trabajar. Perpetúan un ciclo que no fomenta la enseñanza ni facilita la mejora de la situación personal”.



■ Christian Ntsay
Director de la Oficina Nacional
de la OIT en Madagascar

ENTREVISTA

Christian Ntsay: “La reducción de la pobreza sigue constituyendo una prioridad para Madagascar”

Sr. Christian Ntsay, usted desempeña el cargo de Director de la Oficina Nacional de la OIT en Madagascar, que abarca asimismo las Comoras, Mauricio y las Seychelles. ¿Qué opina de la situación socioeconómica de Madagascar?

La reducción de la pobreza sigue constituyendo una prioridad para Madagascar. A tal efecto, cabe destacar únicamente dos datos, a saber, que el 92% de la población del país vive en situación de pobreza, y que uno de cada dos jóvenes está desempleado. El nivel de inversión es muy bajo. Todo ello contribuye a perpetuar el ciclo de pobreza.

¿Cómo pueden mejorarse las perspectivas laborales de los jóvenes?

El 93% de la población trabaja en el sector informal. Únicamente del 6 al 7% del empleo puede considerarse “trabajo decente”. Es necesario alcanzar el 10 o el 15% a lo largo de los próximos diez años. La creación de empleo exige un tejido económico dinámico y amplias inversiones, en particular en sectores estratégicos como la industria agroalimentaria, la minería, el turismo y la construcción.

Hay que facilitar el acceso de los jóvenes a la formación y mejorar la gobernanza de la política de empleo con objeto de implantar políticas laborales eficaces.

En ese contexto de pobreza, se sigue produciendo la explotación sexual de niños, que es la peor forma de trabajo infantil. ¿Qué medidas pueden adoptarse para evitar que Madagascar sea un centro de turismo sexual infantil?

Madagascar ha ratificado los Convenios núm. 138 y 182 sobre las peores formas de trabajo infantil. Y cuenta con un plan de acción nacional. Sin embargo, lamentablemente la legislación solo se cumple en contadas ocasiones y no se asignan fondos públicos a programas de lucha contra el trabajo infantil. En primer lugar, es necesario aplicar la legislación en vigor, con objeto de que la lucha contra las peores formas de trabajo infantil constituya una prioridad a nivel nacional. La OIT brindó asistencia al Gobierno para formular el plan de acción nacional y proporcionó programas de formación destinados a las principales partes públicas interesadas, así como a los interlocutores sociales y a la sociedad. Durante más de diez años la OIT ha implantado proyectos de cooperación en varias esferas que sirven de modelo a diversas regiones del país, especialmente para luchar contra la explotación sexual comercial de niños, el trabajo infantil doméstico y el trabajo infantil en minas y en la cadena de suministro de la vainilla. No obstante, la OIT no puede reemplazar la acción de las autoridades nacionales o locales, ni la labor de los tribunales.

¿Es aceptable el trabajo infantil en un país como Madagascar?

No. Seamos francos. Tras el trabajo infantil subyacen intereses y dinero, así como personas y grupos que se enriquecen con él. Hay más de dos millones de niños que trabajan en Madagascar. Muchos de ellos realizan trabajos que entrañan un grave riesgo a su edad. Eso es inaceptable. El contexto cultural no lo justifica. Se trata únicamente de una excusa. La labor debe proseguir, con medidas más eficaces del Gobierno y actividades mejor estructuradas y más diversificadas a nivel local.